

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Martes, 28 de Febrero de 2012

LA GUERRA FRÍA PERSISTE!

A veces, en la Historia, y en la actualidad también, como es éste el caso, nos topamos con algo que yo llamaría “falsos históricos”. ¿A qué me estoy refiriendo con la expresión de “falso histórico”? En este caso concreto me estoy refiriendo al falso histórico del final de la famosa Guerra Fría. ¿Cuál es el convencionalismo historiográfico que ha triunfado? Pues no es otro que éste: la Guerra Fría acaba entre 1989 y 1991 como consecuencia de la caída, en varias fases, de los regímenes comunistas de la Europa del Este. Fundamentalmente había dos hechos importantes: el 9 de noviembre de 1989 se había producido la caída del muro de Berlín, que daba inicio a las negociaciones para la futura reunificación de los alemanes; y el segundo, la caída de Gorbachov, presidente de la Unión Soviética, producida en diciembre de 1991, después de sobrevivir a un golpe de Estado militar fracasado unos meses antes, lo que supuso la caída definitiva de la Unión Soviética. Entonces se llegó a la conclusión de que, como el gigante comunista por excelencia, el gran vencedor de la Segunda Guerra Mundial, el verdadero líder del comunismo internacional y uno de los dos grandes contrincantes de la Guerra Fría había desaparecido, ésta, la Guerra Fría, también había acabado. Todo esto solo constituye un falso histórico.

¿Cuándo se forma o se formula un falso histórico y en qué se basa? Un falso histórico, tal y como yo lo concibo, se forma o se formula como consecuencia de un análisis precipitado de los hechos y acontecimientos, que no es nunca político, sino histórico. Eso es un error grave porque los historiadores ya sabemos que para hacer un análisis histórico con garantías, necesitamos que los hechos reposen unos años, y por tanto, que vayamos conociendo perfectamente las consecuencias emanadas de los mismos. De tal modo que, cuando un historiador pretende historiar un acontecimiento más propio de la actualidad, más propio de los periodistas que de nuestro oficio, comete el error del falso histórico. Éste puede basarse en un ansia por parte del historiador de ganarse reputación, honores, o incluso prestigio. O también, puede responder a una motivación política si este historiador profesa una ideología determinada. De cualquier modo, sigue sin tener justificación. En los Estados Unidos surgieron una pléyade de historiadores que, inmediatamente, nada más caer el régimen soviético, comenzaron a historiar esa caída. En 1990, aun cuando Gorbachov seguía en la presidencia de la URSS, y Yeltsin aún no había tomado el poder de la nueva Rusia post-comunista, nos encontramos con unos famosísimos Fukuyama o Huntington que comienzan esa carrera de honores. Quizás apoyados desde el poder, quizás no. Lo cierto es que en septiembre de 1990, George Bush padre ya había formulado aquello del “Nuevo Orden Mundial”, con motivo de la declaración de guerra al Irak de Hussein. ¿Estaba en lo cierto, se había precipitado? Indudablemente, nadie en el mundo occidental se atrevía a negar que el bloque soviético había caído o estaba a punto de hacerlo. Nadie dudaba de que la Guerra Fría había acabado, no sólo tras el acuerdo de Washington de 1987, o los de Malta de 1989, que parecían desactivar la guerra armamentística. ¿Pero se habían tenido en cuenta las consecuencias de todo aquello? ¿Sabían de antemano qué iba a suceder con los esqueletos del antiguo bloque? Nadie lo podía saber. Seguramente la CIA dio sus informes, y los “gurús” del poder pudieron medio convencer a la administración Bush de que la nueva Rusia iba a adoptar una actitud completamente distinta a la adoptada por el viejo diablo soviético. Se especuló y se visionó un posible futuro. Uno que era posible, aunque poco probable a juzgar por los hechos posteriores, y por las consecuencias que verdaderamente emanaron de todo ese proceso. Insisto, predecir las consecuencias de un hecho tan importante como fue la caída del comunismo, e intentar teorizar en base a esa predicción tiene el peligro de caer en el falso histórico, y por tanto, que las publicaciones de ese momento queden en papel mojado (debería ser mejor papel quemado, porque las publicaciones, lejos de retirarse, siguen en imprenta, algo ilógico cuando es patente que ya han sido superadas y carece de sentido seguir publicándolas, pero allá las editoriales con su dinero).

Pues bien, todos contentos. Los americanos confiaban en que Yeltsin construiría un régimen democrático para la nueva Rusia. Confiaban en que Yeltsin ratificara los acuerdos heredados de Gorbachov. Que finiquitara el aparato militar, político, económico, ideológico y diplomático (en éste, incluyo las redes de espionaje y las áreas de influencia propias de los soviéticos, como Europa del Este, los árabes o algunas zonas de Asia). Yeltsin tomó los poderes en 1992. Mejor dicho, los heredó. La herencia que Yeltsin manejó fue la propia de la URSS de 1990. La URSS en 1990 había perdido su influencia en la Europa de Este, donde ya había transiciones hacia regímenes pro-occidentales. ¿Y del resto de repúblicas exsoviéticas? Ese sería otro cantar. En Rusia no hubo transición hacia un régimen de libertades políticas. Ésta es una clave que solo con la perspectiva del tiempo se puede comprender. De ahí el peligro de los falsos históricos. El régimen ruso no era (no es) sustancialmente diferente al régimen soviético que supuestamente cayó en 1991. Rusia es la heredera de la URSS. Pero es ahora cuando los analistas y los historiadores han caído en que no se trataba de una herencia parcial, sino de una herencia universal. Rusia heredó todo el arsenal soviético, todas las áreas de influencia soviéticas, la política exterior soviética, incluso el régimen político soviético. Y todo bajo los parámetros de la atenuada Guerra Fría de 1989. Esa fue, y esa es la realidad. Cuando la crisis económica acuciaba al régimen comunista, la oligarquía, es decir, los líderes del partido, los líderes del ejército, los jefes de la policía secreta, del KGB, comenzaron a desarrollar una serie de instrumentos que les garantizaran la supervivencia, tanto propia o individual, como (y como consecuencia de ella) la del propio sistema. Así, los militares que controlaban la empresa estatal de petróleo comenzaron a establecer relaciones comerciales secretas con países que lo necesitaran, aunque se tuviera que recurrir al contrabando. La URSS de los ochenta fue la del contrabando y la del mercado negro. Lo ilegal era lo único que funcionaba, puesto que lo oficial, el racionamiento, había estallado en mil pedazos. Esos pedazos fueron los que construyeron el nuevo sistema, el nuevo régimen. Gorbachov no necesitó liberalizar el mercado, porque ya lo estaba. Había un mercado liberalizado, aunque ilegal, pero era el único que funcionaba, y no se podía actuar contra él. ¿Cuál fue en definitiva el verdadero cambio que se produjo en la antigua URSS? Simplemente se produjo una sustitución, no de un viejo poder por otro nuevo, como los americanos pretendían, no, sino la de un poder que quería transformarse y que se vio sobrepasado por los acontecimientos, por otro ya transformado, surgido de las cloacas del poder anterior, y que no estaba desgastado como lo estaba el antiguo. Muchos publicaban que Yeltsin era el aire nuevo de Rusia. Sin embargo, nadie percibió el hedor apestoso de quien surge de entre las cloacas, de entre la porquería. Por si no lo saben, Yeltsin era miembro del partido comunista, era delegado en el Kremlin, y controlaba la policía secreta. Él y sus partidarios, en última instancia, lo único que pretendían era tomar oficialmente el poder

porque en realidad ya lo tenían en sus manos. Ellos controlaban todo el mercado negro, liberalizado, que era el único que funcionaba. Una vez en el poder, lo único que Yeltsin tenía que hacer era simplemente legalizar todo eso. Si bien, no todo se legalizó, porque ya saben, lo ilegal suele ser lo más rentable, lo que más beneficios genera. Yeltsin heredó las estructuras soviéticas, y simplemente, les cambió el color de la pintura. Se olvidó de la ideología, redujo al comunismo una rémora anticuada y obsoleta, y formó un partido que terminaría siendo el partido del sistema, es decir, sustituyó un régimen de partido único bajo la ideología comunista, por un régimen con un gran partido, que si bien no es el único, es el hegemónico (en la práctica es único, en similares condiciones que los comunistas antes) y con una ideología nacionalista rusa, que sustituyó a la comunista. Antes de la caída del comunismo, las empresas estatales estaban en manos de militares o funcionarios de alto grado designados por el Estado. Estos militares y funcionarios a finales de los ochenta comenzaron a manejarlas como si se trataran de empresas de su propiedad, eso alimentaba al mercado negro y al comercio exterior ilegal, y por lo tanto, rentable (para ellos, no para el Estado, que estaba en quiebra). Yeltsin, en su política de liberalización de sectores y de privatización de empresas, dio cumplimiento a sus promesas: esos antiguos funcionarios y antiguos militares, obtuvieron en propiedad macroempresas estatales y controlaron sectores estratégicos de la economía rusa. Devaluó el rublo para que fuera competitivo como divisa internacional. Permitió que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial pudieran llegar a Rusia, aunque eso sí, limitó muchísimo su capacidad de intervención (algo similar al caso chino). Y sobre todo, firmó acuerdos con las repúblicas exsoviéticas de carácter militar (para mantener las antiguas bases soviéticas como rusas), como de carácter económico (para permitir el paso a través de sus territorios de oleoductos y gasoductos que pudieran redundar en enormes beneficios al nuevo régimen). O sea, que la oligarquía soviética se había lavado la cara, y había cambiado de bandera. Pero poco más. Un ejemplo: Gazprom es la mayor empresa petrolera rusa, y la mayor del mundo eludiendo la Texaco. Aunque la mayor parte de la propiedad es estatal, está en manos de dirigentes del partido Rusia Unida, el de Putin. El del régimen.

Pero pasemos ya al ámbito internacional. Es aquí donde comprobamos que aquello de la Guerra Fría no es algo superado. Ni mucho menos. Llamamos Guerra Fría a todo el periodo que transcurre entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la caída de la URSS, caracterizado por el enfrentamiento militar no directo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Dicho enfrentamiento no se podía producir ya que ambas potencias poseían armas nucleares, lo que hubiera supuesto que la potencia vencedora no sobreviviera mucho tiempo a la derrotada, debido a las consecuencias del uso indiscriminado de su potencial atómico. Solo pudo mantenerse en terrenos menos resbaladizos: la carrera espacial para la conquista de la Luna; el juego de la diplomacia secreta, es decir, el espionaje; o mediante conflictos a baja escala, que no implicara nunca la participación directa de ambas potencias, en países exóticos o marginales (Corea, Cuba, Vietnam, Angola, Afganistán, Nicaragua, Granada...). En esencia, esto fue (y es) la Guerra Fría. ¿Por qué sigo manteniendo que la Guerra Fría sigue existiendo? Pues porque los parámetros que la definen se siguen dando en la actualidad. Hay uno que no he incluido porque ahora mismo ya no se da, y es el de la ideología. Pero ésta siempre fue utilizada como justificación, nunca como verdadera causa. Vayamos a los hechos:

¿Dónde encontramos el primer indicio de que los rescoldos de la Guerra Fría estaban muy lejos de apagarse? En la guerra de Bosnia, en 1994. Una de las cámaras de resonancia de esta paz fingida había sido siempre el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, un órgano donde se decide sobre los conflictos militares a nivel mundial, y donde las cinco grandes potencias militares: China, Francia, Rusia (la URSS antes), Gran Bretaña y Estados Unidos tienen capacidad de veto (eludir el debate y por tanto torpedear una posible resolución). En el Consejo de Seguridad se percibió en 1994-1995 la actitud de la nueva Rusia (a quien se le había ofrecido la entrada en la OTAN). Yeltsin había adoptado una postura paneslavista, es decir, de protección del pueblo eslavo, heredada de la época del Zar (Rusia interviene en la Primera Guerra Mundial para proteger a Serbiaⁱⁱ, un país eslavo, de la agresión austriaca y alemana). En la Yugoslavia de Slobodan Milosevic (la heredada del mariscal Tito, formada por Eslovenia, Croacia, Bosnia, Serbia, Montenegro y Macedonia), los eslovenos, los croatas y los serbios eran eslavos. Pero los serbios eran tradicionalmente los hegemónicos. Los Balcanes se habían convertido nuevamente en un polvorín. Y Yeltsin tuvo la primera oportunidad de demostrar la verdadera cara de la “nueva” Rusia. Eslovenia se independizó en una guerra rápida de tres semanas, apoyada por Alemania. En Croacia, nadie estaba dispuesto a intervenir, y en la ONU se había decidido la neutralidad de las potencias. Pero ocurría que Croacia era el país católico de la antigua Yugoslavia, y el Papa Juan Pablo II, desde la balconada de San Pedro hizo un llamamiento para la salvación de “la católica nación eslava”. Así, los croatas recibieron ayuda ilegal de la Europa civilizada. Su guerra duró cuatro meses. El conflicto importante sería el de Bosnia. Los bosnios eran un conglomerado de eslavos de diferente tipo, servo-bosnios, bosnio-croatas, y la mayoría, musulmanes (fruto de la prolongada presencia de los turcos durante siglos). En Bosnia había un conflicto étnico-religioso de enorme calado (al mismo tiempo se daba otro en Ruanda, pero el mundo prefirió mirar a los Balcanes). En Bosnia se puso en juego un escenario más propio de la Guerra Fría que de un Nuevo Orden Mundial (la pax americana que como se ha demostrado, está por llegar si es que llega). Los Estados Unidos, con la OTAN detrás, apoyaban a los bosnio-croatas y a los musulmanes, ambos pretendían la independencia. Rusia, apoyaba a Milosevic, y por tanto, a los serbios. La OTAN amenazaba con intervenir militarmente si la guerra se prolongaba. Mientras tanto, Radovan Karadzic o Ratko Mladic cometían matanzas de musulmanes y bosnio-croatas en campos de concentración. Los serbios estaban realizando una limpieza étnica. La tensión, propia de la Guerra Fría, llegó hasta el punto de que, a mediados de 1994, poco antes de la intervención de la OTAN, Yeltsin amenazó a Clinton con todo el arsenal nuclear que Rusia tenía en sus almacenes, en caso de intervención en Bosnia. Aún es pronto para saber todo el episodio con certeza, y aún no se han desclasificado los informes secretos, pero puede que el mundo viviera una nueva crisis cubana bajo la pompa de los felices noventa. Entre bambalinas se produjo un acuerdo entre Yeltsin y Clinton. Yeltsin dejaría Yugoslavia en manos de la OTAN, y por tanto, de Occidente, y Clinton no intervendría en los países de la órbita rusa, como Bielorrusia, Ucrania, el Cáucaso o Asia Central. La nueva Rusia quedó por lo tanto blindada, a costa de perder influencias (que por cierto, nunca tuvo, ni siquiera bajo la dictadura de Tito) en los Balcanes. Tanto es así, que luego, la OTAN intervino en Macedonia, y en Kosovo, con el beneplácito de Rusia. Es la nueva versión de los Acuerdos de Reparto de la época Moderna (Utretch, 1713). Entre 1995 y 2000 se vivió una época de distensión entre Rusia y Estados Unidos. Fue la época de Yeltsin y Clinton, con las famosas imágenes de ellos delante de la Casa Blanca riendo a carcajada limpia. No es nuevo, ya ocurrió con Kruschev y Kennedy en 1963; con Brezhnev y Nixon en 1972, o con Reagan y Gorbachov en 1986. Los patrones, siguen siendo similares.

En la primera década del siglo XXI hemos podido comprobar cómo la maquinaria de la Guerra Fría, lejos de estar obsoleta, sigue perfectamente en marcha. Ha ocurrido algo novedoso, y es que China ha entrado en el juego. Es por tanto, un juego de tres, ya no de dos. Pero como siempre, un partido no se puede jugar a tres, sino a dos. De momento, China y Rusia caminan muy unidos. Ellos dos, pueden derribar a Estados Unidos. Pero no voy a caer en el falso histórico. En 2000 subió al poder Putin, exjefe del KGB y quien fue el primer jefe del FSB, el nuevo KGB. A Putin le surgió un problema calificado como terrorista: en Chechenia y en Ingusetia, dos repúblicas federadas a Rusia de mayoría musulmana donde se habían formado dos

guerrillas independentistas que cometían atentados por todo el país, y que en su territorio, había puesto en jaque a la policía y a las fuerzas militares. A ello se le añade el problema de Georgia. En Georgia, una república caucásica muy vinculada a Rusia (con bases militares rusas en su territorio) surgió un movimiento favorable a occidente y a la Unión Europea. Los rusos pudieron imponer a “sus hombres” (como lo hicieron en 1968 en Praga, o en 1956 en Budapest). En 2007, el asunto georgiano volvió a recrudecerse, y la Secretaria de Estado Rice amenazó con intervenir. Eso hubiera provocado una guerra entre Rusia y Estados Unidos. Los americanos habían iniciado intervenciones unilaterales en Afganistán y en Irak pactadas bajo cuerda con Rusia (para que no pusiera demasiados reparos). Sin embargo, el Cáucaso era un ámbito de influencia rusa, y no lo iban a tolerar. Rice dio marcha atrás rápidamente. Igual ocurrió en Ucrania en 2006, donde ganó las elecciones Viktor Yushenko, pro-occidental, y fue envenenado. Yushenko inició conversaciones para incluir a Ucrania en la Unión Europea. Rusia respondió cortando el suministro de gas natural que pasa por territorio ucraniano, y que abastece a media Europa. Esta vez, los Estados Unidos condenaron los hechos pero se limitaron a no hacer nada. Hace un par de años, Viktor Yanukovich, pro-ruso, ganó, y Ucrania volvió a estar en la órbita rusa (que nunca había abandonado). ¿Cuál es la realidad fundamental? Pues que, a excepción de las repúblicas bálticas (Estonia, Letonia y Lituania, que entraron en la UE, cosa que por cierto no gusta a Rusia, y puede ser foco de conflicto para el futuro), el resto de repúblicas soviéticas independizadas, en realidad, siguen tuteladas por Moscú. Hay bases en Bielorrusia, Ucrania, Georgia, Armenia, Azerbaiján, Kazajistán (donde además siguen utilizando la base espacial de Baikonur), Uzbekistán, Tayikistán, Turkmenistán y Kirguizistán. Comercio, política exterior y militar, y algunos aspectos de la política interior siguen siendo dictadas desde Moscú. Nada ha cambiado. Nada.

Y ahora vamos al tema de Siria. En Siria existe un régimen dictatorial desde 1961, cuando el partido Baaz (musulmán, pero laico) tomó el poder. Siria se vinculó desde entonces a la Unión Soviética, y ésta armó al nuevo ejército sirio. En 1963 Siria se unió a Egipto en lo que se llamó la República Árabe Unida, con un objetivo fundamental: expulsar a los israelitas del territorio que habían ocupado. En 1967 se produjo la famosa guerra de los Seis Días. En ella, Egipto y Siria habían invadido territorio israelita. Occidente estaba del lado judío, mientras que los soviéticos apoyaban a egipcios y sirios, pues eran sus aliados. La guerra quedó en nada, solo Israel ocupó por unos años la península del Sinaí, que luego devolvió a Egipto. Pero esta guerra sirvió para que el mundo contemplara el enorme potencial del ejército de Siria, a la que Israel le había ocupado los Altos del Golán, al sur. Éstos siguen estando ocupados por Israel. Sin embargo, Israel venció al ejército egipcio, pero no al sirio. Contra Siria nunca pudo. En 1973, durante la Guerra del Yom Kippur, un conflicto que para muchos es la segunda parte de la guerra de los Seis Días, Siria volvió a intentar avanzar hacia Israel. La guerra quedó en nada. En 1982 estalló la guerra civil libanesa (un país satélite de Siria y de Irán). En Beirut se desencadenó un infierno durante varios años. Israelitas, sirios, iraníes, norteamericanos... todos intervenían extraoficialmente. Incluso la URSS, aunque ésta estaba inmersa en la invasión de Afganistán de 1979-1989. (El tema de Irán dará para otro artículo). Siria ha seguido vinculada a la URSS, y luego a Rusia.

Volvemos otra vez a recalcar lo mismo: **persiste la Guerra Fría**. Bashar el Asad, en última instancia, es un títere en manos de potencias extranjeras. Siria es un peón en una zona que lleva disputándose entre potencias desde la antigüedad (batalla de Qadesh, en las orillas del río Orontes, en plena Siria, allá por mayo de 1274 a. C.). En las primaveras árabes (otro tema para debatir), se han dado varios modelos de “revolución” (habría mucho que comentar sobre qué revolución ha sido la que se ha producido). Uno, en Túnez o Egipto, sin guerra civil. Otro, en Libia, con una guerra civil, con intervención OTAN de por medio. En Libia, Rusia no ha intervenido porque comprende que esa es zona de influencia europea o norteamericana (a pesar de que Gadafi al principio fue aliado a la URSS). De todas formas, Rusia no votó favorablemente en la ONU frente a Gadafi. El otro escenario abierto ahora mismo es Siria. Y en sus costas hay ya una flota rusa, y una iraní. Pretenden pues, proteger a Siria de una más que probable intervención occidental. Pero el caso es diferente. A occidente se le ha vetado. No solo en la ONU. Si una fragata de la OTAN, que no tiene por qué ser norteamericana, se acerca a un puerto sirio, sería casi con toda seguridad, motivo para una guerra (aunque estoy tocando el falso histórico). Así pues, en Siria hay una guerra civil enconada, en la que los rebeldes no pueden recibir ayuda del exterior, como sí había ocurrido en Libia, y en la que el poder se aferra a sí mismo, pero sobre todo, se aferra porque Rusia (y también China) no quieren perder ese peón en el tablero de la Guerra Fría. Porque, además, teniendo en cuenta la posición de Siria y sus recursos, puede que no se trate de un peón, y sea una pieza más valiosa, como un caballo o un alfil. De modo que, en una vista rápida y sin querer historiar ni adentrarnos en el resbaladizo terreno del falso histórico, descrito en el primer párrafo, podemos afirmar a modo de conclusión que el conflicto de Libia y el de Siria son dos escenarios más de la Guerra Fría. Uno, resuelto por las potencias que consideran su área de influencia al Mediterráneo Occidental, como Estados Unidos y Europa; y otra, en similares condiciones, es decir, en Siria, con Rusia e Irán de protectores. Es difícil que la situación cambie demasiado. Y si lo hace será a peor.

Espero haberme explicado bien. Gracias.

ⁱ Según el Diccionario de la RAE, *Persistencia* es: 1 Mantenerse firme o constante en algo; 2. **Durar o existir por largo tiempo.**

ⁱⁱ A principios del siglo XX la grafía correcta para Serbia era *Servia*, que había sido la habitual hasta que en los años 90 los periodistas españoles la utilizaron mal, y al final, ha quedado como hasta hoy *Serbia*.